

El domingo pasado hablamos algo de la virtud sobrenatural de la caridad. La tercera virtud teologal cuyo cultivo, cuyo desarrollo nos impone el primer mandamiento. ¿Qué es esta caridad? Amor.

Amor a Dios y amor al prójimo. Pero este amor para que sea un amor sobrenatural, por consiguiente virtud teologal, hace falta que se nutra de lo descubre la fé. El sentimiento de inclinación, respeto, admiración o gratitud que pudieramos sentir a Dios como lo han sentido tantos poetas y tantos artistas al contemplar esta naturaleza que se abre a nuestra vista percibiendo en ella algunas huellas vagas e imprecisas de un ser superior nunca llegará a ser amor a Dios, caridad, amor a Dios y caridad suficiente para santificarnos. Porque no es sobrenatural. En cambio, cuando en la misma naturaleza, contemplada a la luz de la fé se ve mas claramente a Dios y sobre todo cuando se la contempla y la ve a Dios a través de todos esos rasgos, todas esas huellas de su presencia que nos descubren la fé... esa fé que nos habla de un Dios que ha creado esta naturaleza para el hombre preocupándose de él mismo como se preocupa una madre para preparar una cunita muelle y cómoda, graciosa y alegre, cuando esa fé nos habla de Dios que no tenía nada que ganar ni perder propiamente con el hombre, por hacerle a este participe de una gloria inmensa, desproporcionada se hace semejante a él y sufre y padece por redimirle, cuando esa fé nos habla de este mismo Dios enamorado, incomprensiblemente enamorado del mismo toma la trascendental determinación de convivir con el hombre durante toda su vida ofreciéndosele a este en forma de comida y bebida en la Eucaristía, cuando a pesar de la razón que no comprende estos misterios a la luz y al impulso de la fé penetran en nuestros pechos estas ideas, entonces a no ser que seamos de piedra no podemos menos de entusiasmarlos, no podemos menos de sentir no solo admiración y sobrecogimiento sino gratitud, afecto y amor a Dios... y este amor que así brota es el acto de amor sobrenatural que estamos obligados a hacer de cuando en cuando y en el que consiste el ejercicio y la práctica de la caridad o amor a Dios.

La grandeza del hombre está en proporción con su amor, la medida del hombre es la medida de las cosas en que se transforma al unirse a ellas y amor no es otra cosa que esa asimilación a otra cosa o la asimilación de otra cosa en sí mismo. Unir dos cosas es volverlas una, cuando el hombre se une a una cosa se vuelve ~~ella~~ ella o ella se vuelve él. El hombre se embrutece si se vuelve una cosa inferior a así mismo, si por ejemplo se deja absorber por la carne... por el dinero... por el mundo...

Moralmente, intimamente el hombre vale lo que vale aquello que ama... El hombre ha sido hecho por el amor y por eso se inclina tanto al amor. decía Sta. Catalina...

Las virtudes sobrenaturales de fé, esperanza y caridad y sus actos correspondientes constituyen la medula de la verdadera y auténtica vida cristiana y por lo tanto en el orden actual de la providencia divina la única genuina vida religiosa. Nuestras obras, nuestra vida en tanto será meritoria en cuanto toda ella sea elevada, sea sobrenaturalizada por la presencia y acción de estas tres virtudes sobrenaturales, cuya primera semilla Dios nos infunde con las aguas bautismales y se desarrolla en la medida en que nos vamos ejercitando.

Aplicando a este orden de cosas un símil corriente de la vida o de naturaleza diríamos que estas tres virtudes vienen a ser así como el injerto que del rosal silvestre, del tallo y árbol de rosal silvestre que produce unas flores muy pobres, poco lucidas y sin arraigo con el solo hecho de que se corte aquel tallo para rematarlo con una pua de un buen rosal a partir de ese momento aunque el árbol se esté nutriendo de las mismas raíces y del mismo tronco, produce sin embargo unas flores hermosas, magníficas.